

Relatos de Mortten

Pablo Hergenreder



Image not found.

Capítulo 1

Una corona que sigue tibia

Las calles de Testeren estaban prácticamente desoladas. Todas las puertas de los edificios permanecían cerradas, allí se escondían, como si aquello fuera a protegerlos de lo que aguardaba afuera. Quizá, solo se estuvieran encerrando para cuidar sus pertenencias, aquello también tenía sentido.

Fayet iba de camino a la catedral, acompañado por su hermana y una pequeña escolta de veinte hombres. De momento nadie se animaba a abrir la boca, la tensión era palpable. Podía ver la expresión de preocupación en sus rostros, a todos les resultaba difícil manejar la incertidumbre. Recién llevaban dos días de asedio en Testeren, y el Rey Tavir, su padre, había muerto en la madrugada. Apenas había llegado a los seis meses de mandato. Su tía, Karea, asediaba la ciudad con un ejército de cien mil hombres.

—¿No podrías haber esperado hasta mañana, Fayet?— Le reprochó su hermana por enésima vez— Ella nos necesita.

Ades vestía de luto, acorde al día gris.

—El consejo insistió en que fuera lo antes posible— La corona se sentía incómoda en su cabeza— La gente tiene que saber quién es su Rey.

<<Yo, yo soy el Rey>>. Todavía sonaba ridículo en su mente. No estaba listo para ello, Fayet tan solo tenía veinte años. Así no tenían que ser las cosas, su padre no tendría que haberlos abandonado. No, no así.

A medida que se acercaban a la catedral, las miradas ajenas se hacían más frecuentes. A Fayet le costaba creer que ellos estaban allí para despedir a su padre, de seguro habían venido a husmear. Trató de impedir que las expresiones se escabulleran por su rostro, tenía que estar a la altura. La misma escolta que lo protegía, le impedía ver con claridad lo que pasaba afuera, y quizá fuera lo mejor.

Los escoltas fueron posicionándose a ambos lados de las escaleras mientras él avanzaba. Con cada escalón, trataba de mentalizarse sobre lo que se iba a encontrar, aquello que llevaba evitando desde la madrugada. Sin embargo, al final, ya no quedaron escalones, Fayet tomó coraje y empujó la puerta de roble.

Su padre estaba en el centro de la habitación, su cuerpo inerte reposando sobre una mesa de mármol. Estaba vestido con uno de sus trajes de gala, en todos ellos predominaban el color amarillo. Su madre

estaba al lado de él, con una mano sobre su pecho y de espaldas a la puerta, tampoco se había dado la vuelta al escucharlo entrar. El rechinar de la puerta no había pasado desapercibido.

Ades había estado allí toda la mañana, él también debería haberlo hecho. A las pocas horas de la muerte de su padre, Fayet había desaparecido, como si de repente hubiese tenido miles de asuntos urgentes que atender. Y, en parte, eran asuntos de importancia, pero las excusas se habían acabado. Con la cabeza gacha, y pasos por demás cortos, se acercó hasta la figura de su padre. Su piel estaba pálida y sus ojos pegoteados. Muerto, su padre parecía incluso más obeso de lo que había sido en vida.

—No tiene sentido— Dijo su madre cuando estuvo lo suficientemente cerca— Él no se puede ir de esta manera.

Fayet no supo que decir, él mismo estaba muy confuso sobre sus sentimientos, como si no terminara de entender lo que estaba sucediendo. Ahorrando las palabras, abrazó a su madre por el hombro y se limitó a mirarlo.

—Estaba tan nervioso...— Continuó ella, sus ojos enrojecidos volvieron a lagrimear— Simplemente se desvaneció.

—Nadie podía vérselo venir— Se encontró diciendo— ¿Porqué no descansas un rato? Has estado aquí todo el día.

—No quiero dejarlo solo— Confesó, tras unos segundos de incomodidad.

—Nos vas a dejarlo solo, me quedaré con él hasta que regreses, lo prometo— Fayet abrazó a su madre, tratando de que, al menos, desviara la mirada del rostro blanco de su padre— Descansa algunas horas, esperaré aquí.

Ades, su hermana, se acercó hacia ellos y tomó a su madre del brazo, desaparecieron juntas al momento. Entonces, la habitación le pareció demasiado grande. De alguna manera, el cuerpo sin vida de su padre imponía una presencia mayor que la del resto de la gente que estaba allí presente. Serían alrededor de veinte, incluidos guardias y nobles amigos.

<< ¿Dónde estarán mis amigos, por cierto?>>

Fayet entendió que había llegado su momento de decir adiós.

—Sir Fergen— Llamó a la primera espada, líder de la guardia real— Por

favor, quisiera un momento a solas con mi padre.

—Como ordene, mi Rey— Aceptó frívolamente. Enseguida Sir Fergen se puso en su labor y la sala comenzó a vaciarse. Al final, solo había quedado la primera espada hablando en voz baja con uno de los guardias, la puerta de la habitación aún abierta.

—¿Le molestaría que se quede uno de mis hombres, mi Rey? Es mejor para su seguridad— Sugirió Sir Fergen.

Fayet no estaba seguro sobre los límites de su autoridad, tampoco era un buen momento para probarlos.

—Si lo crees mejor así...— Asintió. Sir Fergen cerró la puerta y el guardia se quedó de pie junto a ella, en posición. Poco importaba.

Todavía no podía creerse lo que veían sus ojos.

—Padre... ¿Por qué?— Se lamentó entre susurros.

¿Qué podía hacer él ahora? ¿Cómo podía convencer al resto de que estaba a la altura, cuando ni él mismo se sentía así?

Un ruido metálico resonó a sus espaldas.

De repente el peto del guardia se encontraba en el suelo, una figura familiar cargaba con el resto de la armadura, apenas llegaba a ocupar la mitad de la misma. Era su tía Karea.

Fayet sintió que le faltaba el aire, quiso gritar pero no pudo. Su tía se llevó un dedo a la boca, indicándole que guardara silencio.

—Será mejor que controles tus emociones, Fayet— Dijo, cuando estaba a punto de soltar el grito. En cambio, no le salieron las palabras.

—¿Qué haces aquí?— Tartamudeo— ¿Cómo has podido...? Sir Fergen, ese traidor.

—¿Unas pocas horas como Rey, y ya te atreves a poner en duda el honor de Sir Fergen?— Su tía se acercó lentamente, arrastrando la pesada armadura— El hombre no tiene la culpa, no fue muy difícil engañarlo.

Karea era una susurrante, nunca tenía que olvidarse de aquello. Al final, ella se detuvo frente a él, separados entre sí por su difunto padre. Karea acarició la pálida mejilla.

—Tú lo mataste— Se encontró diciendo, sus palabras cargadas de rabia.

—No— Respondió suavemente, en contraste con su tono— Él mismo se hizo esto, se lo advertí. Toda una vida llena de excesos... el cuerpo pasa facturas, Fayet. Míralo nomás, la última vez que lo vi no estaba tan gordo.

En realidad, el cuerpo de su padre estaba más hinchado de lo normal. Aun así, no tuvo ganas de aclarar aquel detalle.

—Si no hubieras aparecido con ese ejército, él estaría vivo— Le reprochó.

—¿Y crees que me gusta vivir en una tienda de campaña? Todos los días alguien distinto se impacienta, todos los días me pongo en deuda con personas que ya ni conozco. Créeme, si lo estoy haciendo de esta manera fue porque no tuve opción.

<<No dejes que te engañe>>.

—Él era el rey legítimo— Su tía parecía olvidar aquel detalle.

—Tu abuelo, mi padre, siempre expresó su deseo de que fuera yo quien gobernara cuando ya no estuviera. Y él lo sabía, lo había aceptado, siempre fue así. No entiendo porque tuvo que traicionar su palabra.

—¡Mentirosa!— Exclamó, dejándose llevar por sus emociones— No fue así.

—Lo fue, Fayet. Solo que nunca se animó a proclamar tal cambio, siempre tuvo una excusa para posponerlo, y al final ya no tuvo tiempo— Dijo con un tono de voz casi melancólico.

—El abuelo no haría eso.

—Entonces supongo que no lo conocías tan bien.

Fayet se detuvo a analizar sus palabras, por algún motivo le resultaban creíbles. ¿Estaría usando los dones contra él? ¿Realmente la voluntad de su abuelo había sido dejarla a ella como heredera?

Él era el Rey.

—¿Por qué estás aquí?— Preguntó con la autoridad que le daba su corona— ¿Has venido a matarme?

Karea se detuvo a mirarlo, su brazo avanzó y lo tomó por la nuca, sus

caras quedaron a escasos centímetros.

—Eres mi familia, Fayet. Y Jamás atentaría contra mi familia— Su tía lo soltó— Vine a despedirme de él— Dijo, mirando de reojo al difunto Rey— Esto no tendría que haber sido así. No cometas el mismo error que tu padre, no te haré daño a ti, pero no puedes vencer. No tienes recursos para soportar un asedio.

—Pero yo soy el Rey, tía. Es mi deber.

—¿Tu deber? ¿Cuál es tu deber?

—Buscar lo mejor para mi pueblo.

—¿Y crees que tú, con solo veinte años, estas más capacitado que yo para darle lo mejor al pueblo? Me entrené toda mi vida para este cargo.

—¡Eres una mujer!— Protestó, en un tono más alto del que buscaba— Tú no puedes gobernar.

—Hay cien mil personas afuera que piensan lo contrario, sobrino.

—No... no puede ser— De repente Fayet comenzaba a sentirse acalorado— Los engañaste, por eso. Eres una susurrante.

—¿En verdad crees que me apoyan por mis susurros? ¿Tanto te cuesta creer que una mujer experimentada pueda hacerlo mejor que tú?

Ella dio la vuelta al cadáver y se puso junto a él. Suavemente lo tomó por los hombros.

—Piénsalo, Fayet. Puedes terminar con esto ahora. ¿Tantas ganas tienes de ser Rey? Yo ya no puedo tener hijos— Le confesó— Sabes lo mucho que te quiero, sé un buen chico y te prometo que algún día serás Rey.

Ella se dispuso a marcharse.

Capítulo 2

Expectativas

El salón de conferencias contenía un silencio inquebrantable.

Era la segunda vez que Eron entraba al palacio, pero había quedado tan rendido ante su belleza como la primera. Toda la habitación parecía estar hecha de mármol, el color blanco grisáceo iba perfectamente a juego con el rubí. Él, aguardaba sentado al fondo del salón, tratando de ocultar sus miedos, lo cierto es que estaba tan nervioso que apenas podía levantar la mirada.

Frente a él, un comerciante aguardaba de pie la respuesta del maestro de la moneda, sentado en su abarrotado escritorio, inmerso en la lectura. Él en persona se encargaba de aprobar los proyectos comerciales. No cualquiera podía establecer su negocio en la ciudad, otra de las consecuencias de la superpoblación de Eterd. El maestro de la moneda vestía inmaculadamente, acorde al lujoso salón, y a su cargo. Su traje era negro, al igual que su camisa y, aunque el escritorio se los tapaba, Eron sabía que sus pantalones también lo eran, el color negro era uno de sus varios distintivos. Por si no fuera suficiente, la vestimenta iba a tono con su recortada barba y crespa cabellera. Sumado, todo aquello le daba un aspecto temerario, sin dejar de lado su fuerte contextura.

El maestro examinaba los papeles con una línea recta entre sus labios, cualquiera podía dar fe de su severidad. Después del comerciante, sería el turno de Eron, todavía no estaba seguro si lo habían invitado a pasar para que tomara nota de los errores de su antecesor, o si simplemente buscaban quebrarlo antes de tiempo. Poco importaba, ya no podía darse el gusto de fallar, si lo rechazaban tendría que irse de la ciudad. Había repasado su discurso cientos de veces, los números eran correctos y el mercado, propicio. Incluso se había aprendido palabras de la nobleza. <<Dicotomía>> repitió para sí, una vez más. En el último mes, tres de los comerciantes certificados habían usado la palabra.

Los nervios eran inevitables, pero ahí estaban. Sabía que algo se le podía escapar.

El maestro de la moneda levanto la mirada, carraspeó la garganta. Solemne.

-Su proyecto es interesante, señor... Leno- afirmó, tras encontrar el nombre en alguna de sus hojas- Sin embargo, usted afirma poder suministrar dos toneladas de manzanas por temporada. De hecho, solo en

esa cantidad el negocio le es redituable. ¿Entiende lo que quiero decir?

-No, maestro- confesó el comerciante tras unos segundos. Se frotaba los dedos, le estaba mostrando su temor. Aquella era otra preparación que Eron había tenido en cuenta.

<<Tengo que poder>>

-Bueno, verá. Semejante cantidad supondrá competencia al mercado de la uva y la banana. Si dejase entrar esas manzanas a la ciudad muchos comerciantes perderían dinero, y en consecuencia, también nuestra majestad. Si, en cambio, apuntara a una menor cantidad, sabe usted de sobra que el negocio sería inviable- El rostro del maestro permanecía rígido, la fina línea de su boca apenas parecía moverse- Lo siento, señor... Leno. Su proyecto no está a la altura de las expectativas- Sentenció.

El comerciante se quedó de pie, como asimilando lo que acababa de oír, en contraste, el maestro ya había vuelto la mirada a sus papeles.

-¿Y cuáles son las expectativas?!- Exigió saber, fuera de sí. Se abalanzó contra el escritorio, pero antes de que pudiera hacer nada, dos guardias lo tomaron de los brazos. Al menos había llegado a darle un puntapié a la madera.

<<Imbécil. No solo te quedaste sin certificado, ahora te quedarás sin ciudad>>

El maestro no pareció inmutarse ante el estallido de rabia, Eron apenas pudo distinguir una de sus cejas levantarse. Cómo si la cuestión en sí no fuese lo suficientemente importante para él.

Eron tampoco se sobresaltó, permaneció allí, sentado guardando los pensamientos para sí.

<<Dicotomía. Dicotomía>>

A la brevedad, el maestro hizo un gesto a uno de los guardias, y este uno a Eron, para que se levantara.

Estaba preparado, pero aún temía. No sabía cómo, pero esta vez tendría que estar a la altura de sus expectativas.

Capítulo 3

AUGIESTO

<<Tiene que hacerse>>.

Jokorio salió poniendo la misma cara de preocupación con la que había entrado. La gruesa tela que permitía el acceso cayó, dejando a Augiesto solo en la habitación, dentro de la tienda de campaña. Tendido en su silla con un codo en la mesa y tomándose la cara, pensando una solución que no fuera la obvia, porque la obvia era traición. Su tienda era más grande que la de sus compañeros, naturalmente así tenía que ser ya que Augiesto Mantivrida era el líder de "los capas negras". Pero además, esa tienda en particular contaba con una gran mesa para que pudiera reunirse con el resto de los sargentos, casi todos a su vez eran amigos, algunos más bien hermanos. Y siempre compartían la cena en aquel lugar, esa noche no había sido la excepción.

En la habitación contigua estaba su esposa, Abril. Posiblemente esperándolo en la cama junto al pequeño Timón, su hijo menor. Augiesto hubiera matado por acostarse con ellos, despejar su cabeza y contarle una historia a Timón antes de dormir, una de caballeros y dragones. Esas le fascinaban. Pero los problemas no iban a resolverse solos, menos uno como el que tenía enfrente, y él era el líder. Al fin y al cabo debía ser Augiesto quien tomara la decisión. Había mucho en juego, el futuro de su familia, la vida de un amigo, el respeto de su gente y más oro del que había soñado jamás. Ya tenía asumido que esa noche no iba a dormir.

Llenó la copa de vino hasta el tope y la empujó hacia su garganta. Era lo que quedaba de la botella que hacía unos minutos había compartido con Jokorio, sargento y amigo. Él había vuelto después del puerco asado que se había servido esa noche, en la tienda de Augiesto. Incluso después del vino, la cerveza, las canciones y las historias, Jokorio había regresado. Con la timidez que lo caracterizaba, y tomándose las manos, llamó a su puerta insistiendo en que tenía asuntos personales por tratar.

"Asuntos personales por tratar", Augiesto se lo había creído las primeras dos veces, pero Jokorio fue el último de los sargentos en presentarse. Incluso ya esperaba su visita como un hombre que espera la puesta del sol, sin estar seguro de la hora exacta en que sucedería, pero convencido de que era un hecho. Incluso sabía lo que iba a decirle. Un mismo discurso, pero de una boca diferente. Una cordial y punzante advertencia, pero disfrazada de consejo. Era la novena en nueve noches. Y todas por la misma cuestión.

Un mensajero del reino de Lozhen había llegado al campamento de los capas negras hacía ya un mes y medio, cuando estaban en el reino de Tinadre. Ellos nunca se quedaban mucho tiempo en el mismo lugar, se jactaban de no pertenecer a ningún reino y a la vez a todos. No entregaban fidelidad a ningún color en particular, salvo al del oro. Esa era la primera regla cuando decidías vender tu espada como mercenario. El mensajero llevaba consigo una carta con el sello del rey Derreber, en la que los invitaba ir a Lozhen para contratar sus servicios. Sin explayarse demasiado prometía una paga generosa, al menos así la describía la carta. Para Augiesto la palabra "generosa" no describía bien la situación, pues la paga era mayor a cualquiera que hubieran recibido jamás.

Lozhen había entrado en guerra unos meses atrás con su reino limítrofe. Hacía muchos años que no había algún conflicto bélico entre reinos, Augiesto nunca había participado en uno. La mayoría de sus incursiones como capa negra habían sido en batallas entre ducados, y siempre salía victorioso el duque que podía darse el lujo de contratarlos. Pero la guerra de Lozhen era una escala mucho mayor, y lo que tenía para ofrecerle un duque era nada comparado a lo que podía darle un rey. Augiesto estaba entrando ya en los cuarenta años y esta era la oportunidad para envainar su espada definitivamente, sin tener que preocuparse por más nada el resto de su vida. Su última guerra.

No es que el quisiera abandonar a los capas negras, pero era una cuestión natural de la vida. Alejandro era un joven sargento de los capas negras, fuerte, rápido, respetado y querido. Pero por sobre todas las cosas era su reemplazo natural, y no faltaría mucho tiempo para que el resto se preguntara si no era el momento ya, para que Augiesto de un paso al costado. Así que de todas maneras esta guerra era su última posibilidad de dirigir y pelar como un líder. Y de cobrar como tal.

Pero una guerra tan grande intimidaba a cualquiera, involucrarse en ella era algo que cualquiera persona debía pensárselo una docena de veces, los capas negras debían pensarlo dos. Los murmullos de duda e incertidumbre eran moneda corriente en el campamento desde la llegada de aquel mensajero. Augiesto era el líder, pero era imposible que aceptaran la propuesta del rey Derreber si los demás no estaban de acuerdo, ellos eran hermanos y no estaba bien imponerse en esas cuestiones. No importaba que fuera el hermano mayor. Si lograba convencer a los sargentos entonces no habría problema.

Diez días atrás, de camino a Lozhen, habían acampado al lado de Tukum. Se trataba de un pequeño pueblo en crecimiento ubicado al lado de la grieta, el río más ancho del mundo. Siempre que llegaban a un pueblo los

recibían con miedo, solo que disfrazaban al mismo de hospitalidad. Los capas negras obtenían todo tipo de suministros con el acuerdo implícito de que no se acercaran más de lo necesario. Así pues esa noche había abundancia, unos músicos del pueblo se habían acercado al campamento por petición de Augiesto. Entre la música y los cinco barriles de cerveza Rugh que habían recibido, destacaba un ambiente festivo de baile, gritos y risas. Si bien era común que los capas negras estuvieran acompañados de sus esposas e hijos, los más jóvenes sacaban provecho a su soltería y esa noche había mujeres dispuestas a dejarse cortejar. Ellos eran temidos, pero también respetados. Su reputación, junto a sus proezas eran algo que las mujeres encontraban simplemente irresistible, después de todo ellos llevaban la sangre de Criton. Nadie hubiese podido imaginar que un clima así también aparecería la muerte.

Aquella noche Augiesto estaba con unas cervezas encima, conversando entre risas con Samirion y Gonzalo, dos sargentos e íntimos amigos. Bromeaban sobre cómo iban a exprimir al rey Derreber hasta la última chirola que fuera posible, pues si no se ponían de acuerdo con él, siempre podían ofrecer sus servicios a Bentorun, el reino vecino. Mientras tanto Benjamín, su hijo mayor, observaba la situación con esos ojos que ponen los niños cuando les cuentan alguna historia épica, como la de Axur el libertador. No aportaba mucho a la conversación, más bien nada, se aferraba al silencio como alguien consiente que todavía tiene mucho por aprender. En medio del barullo una voz se impuso, sobresaliendo por encima de todas:

-¡Augiesto!... tienes que venir- Era uno de los capas negras que estaba bajo el entrenamiento de Jokorio. Augiesto se levantó rápidamente y avanzó en su dirección.

-¿Qué pasa Awen?- Se sabía los nombres de los quinientos capas negras, como mandaba el deber.

-Es Ulises... se ha peleado con el toro rengo... y está muerto - el hombre respiraba entrecortadamente, todavía agitado.

-¡¿Pero, quién?!- le espetó Augiesto tomándolo de los hombros, el miedo se apoderaba de sí.

-El toro - titubeó Awen, y por un momento ese miedo se fue.

No es que un sargento valiera más que cualquier otro capa negra, solo que Ulises le importaba mucho más que Juan "el toro rengo". Ulises fue el primer amigo que hizo al ser admitido en los capas negras, cuando solo era un novato, desde entonces había compartido infinidad de cosas con él. Mientras que el toro rengo, que era duro y bravo como un toro enfurecido pero con una pierna levemente más larga que la otra, era un buen muchacho que no pasaba los veinticinco años. No lo conocía bien, lo

respetaba como a todos sus hombres pero no le tenía afecto. Tal vez Jokorio, que lo entrenaba todas las mañanas, tuviese un vínculo distinto.

No obstante la vida de un capa negra siempre era importante, y Augiesto salió corriendo a enfrentar la situación.

Un tumulto de gente rodeaba al toro rengo, que yacía en el suelo con la mirada perdida. Dentro de la ronda, junto al cuerpo, estaba Ulises con el ceño fruncido. No era un hombre precisamente alto pero si morrudo como un barril y curtido como el que más, tenía el pelo rubio claro todo revuelto y llevaba la barba negra, recortada. Estaba sumergido en un estado de concentración, con la espada desenvainada en su mano derecha y una botella de vino en la otra. Augiesto se metió en la ronda exigiendo explicaciones a los gritos, no fue hasta ese momento que noto el brillo del acero. Varios hombres estaban en guardia y todas las miradas iban a Ulises.

-¿Qué está pasando aquí?

No hubo respuestas, solo miradas.

-Bajen todos sus armas... ¡Ahora!- los hombres titubearon un instante, terminaron bajándolas a la par.

-Tú también Ulises- se sostuvieron la mirada unos segundos, pero accedió.

-Van a contarme que ocurrió acá, hablaré personalmente con cada uno... nadie se va a dormir hasta que tenga todas las versiones.

El primero en hablar había sido Ulises. Ambos sabían que lo ocurrido era grave, pero intentó quitarle importancia a la cuestión con explicaciones vagas, como si fueran cosas que simplemente pasan en la vida. Al parecer estaba involucrada una mujer, ella hablaba con el toro rengo hasta que lo vio a él, y entonces le había sido inevitable controlar sus ojos. Después de un juego de miradas se dispuso a interferir, el toro no se lo tomó bien. Los insultos fueron y volvieron, el clima se acaloro y forcejearon. Sin saber bien como sucedió ambos tomaron sus espadas y al acto siguiente el toro estaba muerto. Ulises enfatizo mucho la parte del "juego de miradas" jactándose de su logro, el aliento a vino no jugaba mucho a su favor.

Luego de escuchar cada una de las versiones, todo apuntaba en una sola dirección, y no coincidía para nada con la de Ulises. Los detalles y las percepciones sonaban distintas en cada boca, pero en líneas generales el resto de los hombres contaba el mismo cuento.

Ulises estaba borracho y se metió entre el toro y la chica. Ulises lo humillo delante de ella con algo relacionado a su renguera. El toro, bravo e

incontenible, reaccionó. El toro lo venció. Ulises en un ataque de cólera desenfundó su espada. El toro no se acobardó y le enseñó la suya. El toro rengo, murió.

La chica era apenas mayor que una niña, o bien podía ser más grande que el toro rengo. Quizá sonrió cuando Ulises lo humilló porque le causaba gracia, o bien porque era un momento incómodo y quería cambiar el clima hostil. Pero había sonreído. Tal vez durante el combate el toro negro había llegado a cortar a Ulises, a la altura del antebrazo. Si eso era verdad, Augiesto no lo había notado.

Finalmente la mandó a llamar, debía escuchar la última versión.

Resultó ser una mujer de veintiún años, con un pelo lacio y negro como el carbón, su figura era redondeada y tenía un busto considerable. Sus ojos eran verdes como las hojas en primavera.

Si había que dar crédito a sus palabras, incluso antes de conocer el toro rengo, Ulises la había buscado. Al principio lo rechazaba sutilmente con toda la amabilidad que debe tenersele a un capa negra. Luego de tres o cuatro veces de repetirse la actuación, ya lo trataba con desdén, lo tenía que esquivar. Finalmente, Ulises terminó llamándola "puta desagradecida" y no la molestó más, hasta que la vio con el toro rengo. Él había sido todo un caballero, cortés y educado. Actitud que no siempre se ve en los guerreros. Pero ellos llevaban la sangre de Criton y debían estar a la altura, por eso no le sorprendió el trato de el toro rengo hacia aquella mujer, si lo dejó desconcertado Ulises. Lo conocía hace mucho, sabía que no se guardaba nada y que a veces se daba unas borracheras por el título, pero había pasado un límite.

Finalmente despidió a la mujer y pidió a uno de sus hombres que las escoltasen a ella y al resto hacia el pueblo. Hicieron una gran fogata e incineraron a Juan, el toro negro. Todos los capas negras asistieron menos Ulises, que dormía como un bebé. La noche terminó con un gusto amargo que no saboreaba hacía ya mucho tiempo. Hubo un clima hostil en el campamento, y esa fue la primera vez que a Augiesto se le pasó por la cabeza, que quizá peligrase el acuerdo con el rey Derreber. Los sargentos estaban serios.

Habían pasado nueve noches desde el incidente.

La primera noche fue su amigo, el sargento Samirion. La segunda lo visitó Gonzalo. Ninguno de los dos tuvo pelos en la lengua y le hablaron con total franqueza. Augiesto era muy consciente de que Samirion no toleraba a Ulises, no lo podía ni ver. Seguramente se debía es que eran personas opuestas. Uno decía todo lo que pensaba, mientras que el otro pensaba

todo lo que decía. Uno exageraba significativamente todas sus historias, mientras que el otro dejaba que las historias hablasen por si solas. Aun así, la opinión de sus dos amigos habían sido las mismas: Ulises era un miserable, un engreído y una mala persona. Y venía siendo así desde un buen tiempo. Solo que se contenía con el resto de los sargentos, y sobre todo con él, porque tampoco era ningún idiota y era consiente de con quien no debía meterse. Siempre buscaba ser el centro, no solo con las mujeres, sino también con las tareas cotidianas. Si algún capa negra mostraba un atisbo de luz propia, si destacaba su talento, entonces Ulises iba y lo humillaba. Los demás no reaccionaban, no era prudente meterse con un sargento, menos con un íntimo amigo del líder. Ulises era lo más lejano a un hermano que podía haber para los capas negras, y eso era inaceptable. Al final Gonzalo le aconsejó el exilio, Samirion fue un poco más severo, sugirió la pena de muerte por asesinato. Ambos se marcharon dándole a entender que la amistad que tenían con él no iba a amortiguar la cuestión, "Un líder a veces tiene que tomar decisiones difíciles, pero siempre debe tomar la correcta" le dijeron los dos individualmente. Para que Augiesto supiera que ambos se habían puesto de acuerdo con anterioridad.

Las siete noches anteriores habían ido a visitarlo el resto de los sargentos, siempre individualmente. De hombre a hombre. De hermano a hermano. Si bien les tenía aprecio a todos ellos, ninguno era un amigo. Al menos no uno cercano. Augiesto descubrió que los más jóvenes de los capas negras eran los que más rencor tenían hacia Ulises. Había cuatro sargentos que no pasaban los treinta, entre ellos estaba Alejandro, su reemplazo natural. Los cuatro le pidieron la condena a muerte por asesinato, consideraban que Ulises solo traía discordia y problemas al campamento. Todos hicieron el pedido con timidez, pues no olvidaban que hablaban con el líder. Todos menos Alejandro, que pareció exigírselo, en su voz había un atisbo de arrogancia. Augiesto lo dejó pasar, lo que menos necesitaba en ese momento eran más problemas, de alguna manera tenía que conseguir el apoyo de todos.

Los tres sargentos restantes eran de su edad, y todos llevaban alguna característica típica de un hombre a los cuarenta. Dos de ellos propusieron el exilio. Jokorio era el tercero, el conocía al toro rengo más que cualquier sargento, entrenaba con él todas las mañanas junto al resto de su pelotón. Jokorio nunca había tenido hijos, así que de alguna manera el pelotón cumplía ese rol, y ellos a la vez lo veían como a un padre. A Augiesto no le sorprendió para nada que pidiera la pena de muerte. Seis votos contra tres.

<<Tiene que hacerse>>.

Después de recordar y pensar en silencio un largo rato, Augiesto se despegó de su silla y salió de la tienda. Era entrada la madrugada y el campamento dormía, el único movimiento era el de los hombres a los que les tocaba hacer guardia aquella noche, siempre en pareja para no dormirse. Se alejó quince minutos al este, hasta cruzarse con la orilla de la grieta, ver el agua fluir a la luz de la luna era en cierta medida relajante y necesitaba serenarse lo máximo posible. Se quitó las botas de cuero, arremangó sus pantalones y se metió al río hasta las rodillas. El frío repentino lo hizo estremecerse, pero fue un alivio para las ampollas que tenía por el extenuante viaje.

Estaba desconcertado sin saber que creer, ¿tan ciego había estado todos estos años? Siempre había tenido la verdad frente a sus ojos, de alguna manera su mente había desarrollado un mecanismo para ignorarla, disfrazarla. Ulises era el recuerdo más viejo que tenía de su vida como mercenario, tener que arrancar esas raíces sería más difícil que cruzar a nado el océano helado.

Había algo de cierto en todo lo que le habían dicho, su amigo cuando quería podía ser un verdadero idiota. Un dolor de cabeza punzante. Pero en el fondo era una buena persona, y de eso no tenía dudas, no merecía la muerte. Tampoco estaba seguro de cómo iban a desencadenarse los hechos si decidía que debía morir. Él era el líder y debía ser quien ejecutase la acción. Era mucha la sangre derramada que Augiesto tenía en sus manos, pero ni una gota de alguien conocido, mucho menos de un amigo. Asesinarlo a sangre fría no era una opción, Ulises era una capa negra y si su destino era la muerte, debía recibirla como tal.

Un atisbo de miedo surgió en su interior, por más que fuera justicia Ulises nunca iba a recibir su castigo como un cachorro dócil. Si se lo intentaba matar iba a pelear hasta el último aliento, desafiaría uno a uno a quien quisiera ver su cabeza en una pica. Más sangre, más discordia. Una parte de Augiesto le aconsejaba que no peleara con él, pues saldría derrotado. Ciertamente eran los dos igual de viejos pero el cuerpo de Ulises todavía no se enteraba, de otra manera no hubiese podido contra el toro rengo.

Si Augiesto lo condenaba a morir, entonces él se lo tomaría como una traición, y una muy grande. Sería el primero a quien desafiaría, si aceptaba lo más probable es que muriera, pero si lo intentaba reducir con ayuda de varios hombres, entonces era públicamente un cobarde.

A su vez los sargentos habían hablado, las cosas tenían que hacerse. Aún faltaba el cómo.

Augiesto se sentó en la orilla y empezó a tirar piedritas al río, contemplando como las mismas inevitablemente se hundían, por más que luchasen. Cautivo de las ondas que formaba el agua cada vez que una de las piedras se estrellaba, acción y reacción. Estuvo así un largo rato,

sumergido en sus pensamientos. Él era la piedra que no sabía cómo salir a flote. Cuando se levantó sabía lo que te debía hacer.

Convencido de que era la opción menos dañina, Augiesto regresó al campamento decidido a zanjar el asunto. Al final de la madrugada, llegando al amanecer, llamo a la tienda de Ulises. Este, dormido y sin entender nada lo hizo pasar. Aprovechando la confusión que tenía le pidió que se vistiera con ropa discreta, que tomase su espada y lo siguiera. Podrían decir lo que quieran de Ulises, pero entendía cuándo debía ser obediente. No hizo preguntas.

Los capas negras que estaban de guardia los miraron con recelo al pasar, esas miradas no eran buenas ahí dentro, quizá fueran las ultimas que les dirigieran. Fueron al establo improvisado que tenían armado, y cada uno ensillo su caballo. Ni bien terminaron Augiesto le pidió que lo siguiera, le tenía encomendada una misión especial.

Al salir del campamento Ulises rompió el silencio:

-Tengo algo que decirte- Después de un breve silencio Augiesto asintió, para que prosiguiera.

-Se me hace difícil de aceptar, pero sé que a veces puedo ser... complicado. Quiero que sepas que no lo hago a propósito, es más bien como un reflejo.

-¿Te arrepientes de lo que pasó?

-No puedo arrepentirme de lo que no tengo el control, pero si lamento que el toro este muerto. Él era un buen chico...no lo merecía-Ulises llevaba la mirada clavada al suelo- Y no creas que no me he dado cuenta de lo que has hecho por mí, gracias. Eres un buen amigo.

Augiesto apretó los dientes para encarcelar las palabras, solo escaparon unas pocas.

-¿Qué crees que hice por vos?

-Vamos no te hagas. Los dos sabemos que todo el mundo quiere mi cabeza en este momento, vi que todos han ido a hablarte- Ulises le regaló su sonrisa más pícaro- y sin embargo acá estoy, vivo como el que más.

Siguieron cabalgando un rato más, ya cuando estaban acercándose a destino Augiesto jugó sus cartas

-Tienes razón, ha sido una tarea difícil la que me pusiste... durante diez días mantuve tu cabeza hueca, pegada al cuello.

-Bah tampoco exageres- dijo quitándole importancia con un ademán- Si todavía conservo la cabeza, también es porque ningún infeliz tiene el valor de venir a plantarme cara- replicó Ulises entre risas- Sin embargo, voy a devolverte el favor viejo amigo. Cuando estemos en Lozhen voy a cortar más cabezas que cualquiera, ahí todos se van a alegrar de haberme dejado vivo.

<<Nunca vas a llegar a Lozhen>>.

-¿Te preguntarás que hacemos en Diffen a mitad de la noche, no?

-Bueno, la verdad es que no quería hacerte enojar irrumpiendo el misterio, sé que te pones rojo con esas cosas. Pero ya que lo mencionas, ¿Que mierda estamos haciendo en Diffen a mitad de la noche?

-Tienes que devolverme el favor, surgió un asunto de importancia. No podía confiárselo a nadie más.

Llegaron al pueblo, Diffen. Y lo atravesaron como una flecha, había más movimiento y testigos de los que Augiesto hubiera querido, no obstante era tarde para echarse a atrás. Debió haber sido todo un espectáculo cuando dos capas negras, con sus destacados uniformes y montados en caballos de sangre pura, atravesaron el camino. Ya que toda alma despierta a esa hora, se asomó en un momento u otro para verlos pasar. Más que dos mercenarios debieron haber parecido dos caballeros reales, la gente de ahí a simple vista no notaría la diferencia. Ignorantes.

Pronto llegaron al puerto y Augiesto hizo detener su caballo frente al muelle, Ulises se puso a su lado.

-Esta mañana recibí un mensaje.

-Mmm, no vi ningún mensajero esta mañana- dijo Ulises encogiéndose de hombros.

-Nadie lo vio, era un mensajero muy sutil. Porque así lo requería el mensaje.

-¿Y cómo nos trae ese mensaje al puerto de Diffen?

-No compartí esta información con nadie Ulises, tienes que prometerme que no vas a repetirlo... puede traernos problemas.

-Vamos tonto, soy yo.

Augiesto asintió lentamente, tomo un largo respiro.

-El mensaje viene de muy lejos, es del nuevo continente. Posiblemente este mensajero haya salido de su casa antes que el de Lozhen.

-Bah, ¿qué asuntos tienen con nosotros esos tipos, en el culo del mundo?

-Era del rey Muninvir. Al parecer va a tomar partido en la guerra de Lozhen, aunque el muy mierda se reservó para que bando. Entenderás que yo no puedo marcharme, estamos camino a una negociación. Tampoco pude contárselo a los demás, ya están nerviosos con lo de Lozhen, imagínate si les agrego esto.

-No no no, ¿no estarás insinuando que yo?... Estas más loco que una cabra si crees que voy a ser yo.

-No podemos dejar pasar la oportunidad de una mejor oferta que la de Derreber, es más, imagínate que podamos aceptar ambos contratos en una misma guerra. Seríamos más ricos que la puta nobleza.

-Pero tiene que haber otra manera, alguien más... no seas así.

-Es en vos en quien más confío.

Tras unos segundos de meditarlo, Ulises continuó:

-¿Es por lo del toro, verdad?

-No es por eso, aunque debo reconocer que tenerte fuera un tiempo posiblemente ayude a normalizar las cosas- contestó tajante.

-Después de esto- lo miró fijamente- ya no te debo nada.

Y así Augiesto le vendió toda la historia, no escatimó en darle detalles para que la misma tuviera más veracidad. Compraron suministros para un largo viaje al rincón más alejado del mundo, se pactaron condiciones para una misión inventada. En tres meses Ulises iba a llegar al nuevo continente, solo para que el rey negara todas sus palabras, eso garantizaba mínimo medio año lejos de los capas negras. Tiempo más que suficiente para llegar a Lozhen, estrecharle la mano a Derreber y jugar a la guerra. Le diría a los sargentos que Ulises había sido exiliado al nuevo continente, luego si él volvía no iba a tener más opción que acusarlo de mentiroso, Augiesto estaba seguro que su palabra pesaba más que la de él. Pero esos eran problemas del futuro.

Augiesto se quedó allí hasta que el barco partió unas horas más tarde, descalzo y con el pantalón arremangado. Los pies en el río. Viendo a un amigo partir sabiendo que la próxima vez que sus ojos se cruzaran, serían enemigos. El barco fue perdiéndose en la grieta y sin darse cuenta una lágrima se le escapó, cayó en la inmensidad del agua camuflándose rápidamente. Pero él sabía que esa simple gota, pesaba más que el río entero, porque ella contenía más recuerdos y secretos de los que el resto del agua podía albergar.

<<Tenía que hacerse>> Se obligó a creer. Procuró no darse la vuelta hasta parar de llorar.